

Azul y rojo*

CARLOS BASTIDAS PADILLA

Después de la guerra llegó el hambre a Puerto Ventura, y los hombres empezaron a quejarse ante las autoridades; pero el alcalde decía que en el territorio a su mando nada anormal pasaba, porque esa era su voluntad mientras él fuera su primera autoridad, y que en adelante todo aquel que se quejase sería castigado con vigor, porque le irritaba sobremanera que estando él investido por la sabiduría del poder no se enterara que había hambre en el puerto, y que en cambio se informaran de ello los desposeídos de ese altísimo atributo.

Pero los hombres se morían en las calles o se mataban entre sí por disputarse las ratas, perros o los hombres que caían vencidos por la escasez de comestibles; siendo así, se dirigieron al gobernador, el gobernador consultó al presidente, y el presidente dijo que si había hambre había que sembrar más, y mandó al alcalde entregar a los hombres semillas y herramientas para que trabajaran la tierra.

Como la tierra era de los ricos, estos pretextaban no tener conocimiento de la tan mentada calamidad, pues ni el gobierno ni la prensa decían nada sobre el asunto; con estas razones se opusieron a ayudar a los hombres, y estos tuvieron que amotinarse para quitarles la tierra y sembrarla con la ayuda del gobierno.

Pero la semilla, siendo de mala calidad, se pudrió; las herramientas se quebraron al menor esfuerzo, y la tierra no produjo nada; entonces volvieron los ricos apoyados por la fuerza pública, y dicen-

* Cuento tomado del libro *"Las raíces de la ira"*.

do todos a una que la tierra no producía con cualquier dueño, ordenaron a los uniformados disparar sus armas sobre los hombres huesudos y pálidos.

Los que escaparon de la matanza se refugiaron en sus casas a esperar las requisas, o los paseos con rumbos desconocidos y sin retorno que decretó el alcalde para los moradores del puerto; no por eso olvidó estatuir también para los hombres (como buen gobernante que decía ser) una ración diaria de comida para cada uno, y media más para el que denunciara al que se quejase por el hambre; y, en realidad, nadie volvió a quejarse en público del flagelo que sufrían, porque el terror fue desde entonces el pan de cada día.

Así, el presidente felicitó al alcalde y le dijo que para la conservación del orden público era preferible que en el puerto reinara el miedo antes que el hambre, porque el estómago es muy mal consejero, y le decía, además, que por él no debía preocuparse si extremaba las medidas por conservar el orden, porque el Estado tiene autoridad para convertir en ley todo crimen que ejecute.

De modo que en el puerto nunca pasó nada, porque la voluntad de todo buen gobierno es que nada pase.